AÑO XXIII. PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS, NUM. 12.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales,
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Jesucristo en la cruz, por don Francisco Flores Arenas.—Poesia religiosa, por don José Calcaño.—La Redencion, por Chateaubriand.—Las siete palabras, por don Cárlos Frontaura.—De Jesucristo y su vida.—Nuestra Señora de Loreto.—Anuncio de obras piadosas.

Fieles á nuestra antigua costumbre, consagramos exclusivamente el número de hoy á objetos que armonicen con las augustas solemnidades con que la Iglesia nuestra madre, recuerda, durante la semana que principia, los altos, los sublimes misterios de la redencion del género humano.

JESUCRISTO EN LA CRUZ.

Ved allí en lo alto de aquella árida, triste y pedregosa colina tres cruces que se levantan aterradoras; en ellas están enclavados tres hombres, el varon justo, el pecador arrepentido y el malvado impenitente: aquellos tres hombres representan la humanidad entera.

El justo lleva en la cabeza una corona; es de espinas, porque habiendo nacido hombre, solo espinas podia ofrecerle el mundo: las coronas de flores, de esas flores que nunca han de marchitarse, Dios las concede solo en el cielo.

Del pié de aquella cruz que en medio de las otras se levanta, salen gemidos y sollozos; un alma está allí traspasada de acerbísimos dolores; es la madre de Jesus que contempla á su hijo moribundo!.. Vosotros los que habeis visto morir á un hijo vuestro, sois los únicos que podreis comprender la inmensidad de ese dolor.

Pero acercaos mas, y escuchad las admirables palabras del hombre que allí muere entre los mas horribles tormentos: despues de escucharlas, decidme si la boca que las ha pronunciado puede ser otra que la boca de un Dios.

¿Cuál es el primer pensamiento que en aquel acerbo trance cruza por la mente de Jesus? ¿Cuál es su primera plegaria? ¿Para quién invoca las misericordias de aquel que desde el trono de los cielos le contempla? Oid esta palabra:

Padre: perdónalos, que no saben lo que hacen.

Es el perdon el que reclama para sus encarnizados verdugos, para los que en aquel punto mismo se ensañan en su presa uniendo á la crueldad el ludibrio, la befa, el insulto. Pero observad bien, y hallareis que al reclamar ese perdon atenúa la culpa, y hasta parece que casi pretende desvanecerla, como cometida por gentes que ignoran completamente su enormidad. Así como la justicia humana no aplica la pena al crímen cuando el que lo perpetra no tiene conciencia de sus acciones, así tambien Jesus, al implorar aquel sublime perdon, presenta por descargo del deicidio la ignorancia de los que le dan la muerte.

La mente humana se pierde al considerar los insondables abismos de esa bondad de un Dios, y solo siendo de un Dios pudiera concebirla. Aquel es el exceso de amor, que no se contenta con perdonar, sino que hace aun mas dulce el perdon echando el velo de la misericordia sobre el crimen para que este no aparezca en toda su enormidad á los ojos del que lo cometió; porque Jesus sabia muy bien que aquellos sus encarnizados enemigos no podian ignorar que él estaba inocente de toda culpa. ¿De cuál en efecto pudieran acusarle? ¿Seria acaso de la de haber dado vista á los ciegos, voz á los mudos, salud á los enfermos y vida á los muertos? ¿Pudieran por ventura acusarle de pretender destruir la ley, cuando manifestaba que solo habia venido á cumplirla? ¿Era tal vez que predicase la desobediencia al soberano, él que habia dicho: «dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios?» ¿Su doctrina no encerraba en sí la moral mas pura, la paz, la mansedumbre, el olvido de las injurias, la mas perfecta caridad y la mas sublime abnegacion? ¿Y si esto era lo que inculcaba con su palabra y con su ejemplo, dónde podia estar su delito? ¿Dónde el motivo, donde siquiera el pretesto para aquel terrible y afrentoso suplicio? No cabia por tanto disculpa en aquellos hombres, y solo la bondad infinita del Redentor pudiera atenuar aquel horrendo crimen, á vista del cual se extremecia la naturaleza entera.

Hubo sin embargo un hombre hasta cuyo corazon llegaron los ecos de aquella súplica; un hombre que comprendió toda la sublimidad que ella encerraba, y que arrepentido sinceramente de los graves errores de su culpable vida pidió al Señor misericordia en el trance de su muerte. Este fué uno de los ladrones crucificados á par de Jesus, el cual, como oyese blasfemar de él á su compañero en los crímenes y en el suplicio, le dijo: «Tú, que no temes á Dios, repara que nosotros sufrimos aquí la merecida pena de nuestros delitos; pero este ¿qué fué lo que hizo de malo? «Y volviéndose al Salvador le rogó diciendo: «Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino.» A lo cual Jesus le respondió: «En verdad te digo que hoy serás conmigo en el paraiso.»

La sangre del Redentor habia comenzado á dar fruto; las puertas del cielo acababan de abrirse para recibir á un pecador arrepentido.

Pero esta confesion del ladron era todavía mas notable en cuanto que ella reconocia esplícitamente la divinidad de Jesus, despues y hasta en nuestros dias puesta en controversia, impiamente negada por escritores obcecados, por ciegos adalides del error. ¡Vana empresa del pobre orgullo humano!

Volvamos empero la vista hácia aquel grupo de circunstantes, del cual se oyen salir llantos y lamentos acerbísimos. Allí está la Santa Madre de Jesus; allí está María rodeada de piadosas mujeres, y á su lado el discípulo querido, que llora al par de ella. Mírala con amor el moribundo, y piensa que va á quedar desamparada y sola sobre la tierra. Por eso dirigiéndose á ella y señalando con sus ya apagados ojos á Juan, la dice: «Mujer, vé ahí á tu hijo:» y despues añadió hablando con Juan: «Ve ahí á tu madre.»

Si pues el único discípulo allí presente representaba á cuantos habian abrazado la nueva y santa doctrina, bien es se deduzca que el Salvador dejó á María por madre de todos ellos, por madre de cuantos en adelante creyésemos en él. De esta suerte además ennobleció en María á la mujer, dándole parte en la redencion del mundo.

Pero no sigamos mas. Jesus, despues de habernos dado en las admirables palabras que pronunció en la cruz su magnífico testamento, inclinó su cabeza y entregó su espíritu en manos de su eterno Padre.

La tierra entera se agitó entonces entre violentas convulsiones, el sol negó á los hombres su luz, chocaron unas contra otras las piedras del Calvario, rasgóse el velo del templo, abriéronse los se-

© Biblioteca Nacional de España

pulcros, y los muertos salieron de ellos envueltos en sus sudarios para dar testimonio de aquel gran acontecimiento. Huyeron las turbas á esconderse entre los muros de Jerusalen, revelando en su terror toda la magnitud de su culpa. El deicidio se habia consumado; el género humano estaba redimido al precio de la sangre de un Dios.

Estos altísimos misterios son los que la Iglesia nuestra madre recuerda mas especialmente en los dias de la Semana que hoy comienza. A su contemplacion nos llama en la época que va á trascurrir, para lo cual nos ha preparado durante el santo tiempo de la cuaresma. Recojámonos pues dentro de nosotros mismos, y ofrezcamos al Señor las tribulaciones que nos envia, adorando y bendiciendo en ellas su Santísimo nombre. Sea fructífera su sangre derramada en la cruz, y sealo, no solo para nosotros, sino tambien para aquellos fieles suyos que han bajado al sepulcro, dejándonos lágrimas amargas que llorar y resignacion cristiana que pedir á la misericordia divina.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

POESIA RELIGIOSA.

Pater, dimitte illis.

¡Levántate, alma mia!
¡Sacude el ala y vuela, oh pensamiento!
Hé aquí el solemne dia
De la santa agonía,
Y tú no tienes digno un solo acento.

¡Atrás la tierra impura,
Atrás el éter y los mundos deja!
Encúmbrate á la altura
Y un rayo te procura
De la lumbre inmortal que allí refleja.

Cual perdido tesoro,
A tu oido tal vez en son bendito
Llegue un eco sonoro
De las arpas de oro
Que entonan el Hossanna al Infinito.

Tómale; y pide al cielo
Que en raudales se torne de armonía,
Y tu canto de duelo
Llene del hombre el suelo
Y aun lo repita el mundo en luengo dia.

¡Oh, cómo de tus alas
El vigoroso arranque me suspende!
¡Cuán rapido te exhalas
Por las cóncavas salas
Que la gloria de Dios llena y enciende!

Cual la sombra en los mares
De las nubes del cielo, así en el viento
Como leves lunares
Van allá los millares
De mundos que atesora el firmamento;

En su raudo camino
Cada cual armonioso un eco lanza,
Y en concierto divino
El éter cristalino
Llenan, del sumo Ser en alabanza.

Mas ¿qué otra voz resuena
Grande cual lo creado y lo infinito?
Oh, tente! ¡el vuelo enfrena,
Pon el ala serena,
Déjame arrodillar y orar contrito!

¿No es Salen la divina
Esa que el empíreo resplandece?
¿Y qué, mi alma mezquina
La luz que la ilumina
Osa impune mirar y no fenece?

De mis ojos mortales
Ya toda luz desapareció: mi oido
Los dones terrenales
Perdió; y en funerales
Sombras y alto silencio estoy sumido.

Pero en el alma, interna,
La solemne vision cual sol fulgece,
Y de la voz suprema
La magestad eterna
Llena todo mi ser y me extremece.

¿Qué lengua dirá al mundo,
Oh Jehová, tu poder?—Tu santa mano
Armó enojo profundo
Ante el torpe, iracundo,
Inenarrable crimen del humano.

¡Qué estragos prometia
Tu cólera divina! Aun no cumplido
Tu fallo se veia,
Y ya el mundo dormia
Siglos de execracion en el olvido.

Iba á tonar su mente,
Ya hambriento el caos su profundo seno
Mueve y abre, impaciente
De apurar la simiente
Que solo pudo dar letal veneno;

Cuando un acento pio
Que oyen al par los que en la tumba yacen,
Clama por el vacio:
«Oh Padre, oh Padre mio,
Perdónalos, no saben lo que hacen.

Inefable armonía
Presta al viento esa voz: visten los cielos
De amor y de alegría,
Depuesta la sombría
Ira sagrada y los funéreos velos:

Los ángeles cantando,
«Perdon, no saben lo que hacen,» claman:
Y los orbes llenando,
Van «Perdon» entonando,
Cuantos de Dios en la bondad se inflaman.

«¡Gloria» súbitamente
Suena do quier, «ya el Hijo el cielo habita!»
Y á su entrada esplendente,
Allá en el orco hirviente
Ruge indignada la legion precita.

¡Oh, vuelve, oh pensamiento,
Vuelve las alas á la tierra oscura!
Deja tan alto asiento,
Porque morir me siento
Bañada de rubor la frente impura.

De la celeste escena
Llévame á una montaña solitaria
Donde oculte mi pena,
Y el alma, mas serena,
A alzar siquiera acierte una plegaria.

¡Dios mio, oye el acento
Del que en la cruz por tu clemencia clama!
Tú tan solo eres grande y eres fuerte:
De tu santa bondad la viva llama
Hizo el orbe surgir del caos inerte,
Y mar, de entonce, y tierra y firmamento,
Todo, Señor, en tu bondad se inflama.

El pez ligero en sus cerúleas salas
Contento va de tí, las torvas fieras
Con su recio vigor y libre vida,
La hermosa primavera con sus galas,
Con su fúlgida aureola las esferas,
Y el leve insecto con su fútil brillo
Y con su ser mezquino el gusanillo.

La flor te eleva inciensos,
Las brisas te salmodian,
Los pájaros canentes,
Los piélagos inmensos
Y las escasas fuentes;
Cuanto una voz encierra
O un átomo atesora
De vida y movimiento,
Tu santo nombre adora.
El cielo, el mar, la tierra,
Todo canta tu nombre:
¿Quién pudiera ofenderte?—Solo el hombre.

¿Mas el rayo, Señor, de tu venganza
A la mansion del polvo descendiendo
Le buscará indignado?
¿El castigo tremendo
De tu brazo sagrado
Y de tu santa indignacion el fuego
Merece, oh Dios, el hijo de la muerte,
El ente miserable, el ente ciego?

¡Dios mio, oye el acento
Del que en la cruz por tu clemencia clama!
Dé al mundo mayor fe, mas puro aliento
De tu bondad la bienhechora llama:
Y que al rayar la aurora
Y al tramontar el dia,
Del Este al Occidente,
Del Norte al Mediodia,
Do quiera, eternamente,
A tu alta omnipotencia
El cuello doblegado,
De tu sin par clemencia
El corazon tocado,
Cuanto á tí, Ser divino,
Dotar de aliento y vida
En voluntad te vino
Cuanto los orbes llena,
De hinojos se esfabone
Y en férvida cadena
Un himno sacro entone
Que unánime repita:
«Gloria á tí, Señor Dios, gloria infinita.»
Y á su humilde plegaria
Se una esa voz bendita
Que en repetir los cielos se complacen:
«Perdónalos, no saben lo qué hacen.»

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

LA REDENCION.

POR EL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND.

Bien así como la Trinidad encierra los secretos del órden metafísico, la Redencion contiene las maravillas del hombre, y la historia de sus fines y de su corazon. ¡Con cuánto asombro veríamos, si nos detuviésemos un poco en tan altas meditaciones, estos dos misterios que ocultan en sus sombras las primeras intenciones de Dios y el sistema del universo! La Trinidad confunde nuestra pequeñez, abisma nuestros sentidos con su gloria, y retrocedemos anonadados á su presencia. Pero la tierna Redencion, al arrasar en lágrimas nuestros ojos, les evita que se deslumbren demasiado, permitiéndonos á lo menos fijarlas un momento sobre la Cruz.

Vemos desde luego salir de este misterio la doctrina del pecado original, que nos dá la explicacion del hombre. Sin la admision de esta verdad, conocida por la tradicion de todos los pueblos, nos rodea una noche impenetrable. ¿Cómo nos daríamos cuenta, sin la mancha primitiva, de la viciosa propension de nuestra naturaleza, propension combatida por una voz que nos dice que fuimos formados para la virtud? ¿Cómo explicarnos la aptitud del hombre para el dolor; cómo esos sudores que fecundan un surco terrible; cómo las lágrimas, las amarguras y los infortunios del justo; cómo los triunfos y prosperidades del perverso; cómo, repito, pudiera comprenderse todo esto sin una primera caida? Por haber desconocido esta degeneracion, cayeron en extraños errores los filósofos de la antigüedad, é inventaron el dogma de la reminiscencia. Para convencernos de la fatal verdad de donde procede el misterio que nos rescata, no necesitamos mas prueba que la maldicion lanzada contra Eva, maldicion que todos los dias se cumple á nuestra vista. ¡Cuántas cosas no encierra esa dilaceracion de las entrañas, y no obstante, ese placer de la maternidad! ¡Cuán misteriosos anuncios del hombre y de su doble destino, predicen á la vez el dolor y la alegría de la mujer que le da a luz! No es posible desconocer las miras del Altísimo, al hallar los dos grandes fines del hombre en los dolores de su madre, y es preciso reconocer á un Dios, hasta en su maldicion.

Además, vemos diariamente al hijo castigado por el padre, y el rechazo del crímen de un antepasado protervo herir á un descendiente virtuoso, lo cual prueba satisfactoriamente la doctrina del pecado original. Empero, como un Dios de bondad é indulgencia sabia que perecemos con esta caida, ha venido á salvarnos. No preguntemos á nuestro entendimiento sino á nuestro corazon, pues somos débiles y culpables, cómo un Dios puede morir. Si este perfecto modelo del buen hijo, si este ejemplo de fiel amistad, si ese retiro al monte de las Olivas, ese cáliz amargo, ese sudor de sangre, esa mansedumbre de alma, esa cruz, ese velo rasgado, ese peñasco hendido y esas tinieblas de la naturaleza; si, por último, ese Dios que espira por los hombres, no puede conmover nuestro corazon ni inflamar nuestros deseos, es de temer que nunca se hallen en nuestras obras, como en las del poeta, «brillantes milagros,» *speciosa miracula*.

«Las imágenes no son razones, se me objetará tal vez; este es un siglo de luces, que nada admite sin pruebas.»

Que nos hallamos en un siglo de luces, cosa es de que algunos han dudado; pero no nos causará sorpresa el que se nos dirija la citada objecion.

© Biblioteca Nacional de España

Siempre que se ha tratado de argumentar contra el cristianismo, han respondido los Orígenes, los Clarke y los Bossuet; y cuando estos temibles adversarios han cerrado el camino á toda impugnacion ulterior, se ha procurado desvirtuar sus razones echando en cara al cristianismo esas mismas disputas metafísicas en que se quisiera envolvernos. Deciase, como Arrio, Celso y Porfirio, que nuestra religion es un tegido de sutilezas que nada ofrecen á la imaginacion ni al corazon, y que no tienen otros sectarios que unos locos é imbéciles. Mas, ¿se presenta alguno que, respondiendo á estas acusaciones, se propone demostrar que el culto evangélico es el del poeta, el del alma tierna? pues bien, entonces se replica: «¿Qué prueba todo eso, sino que sabeis pintar un cuadro mas ó menos perfecto?» En una palabra; si tratamos de pintar y conmover se nos piden axiomas y corolarios, y si procuramos razonar, se nos reclaman sentimientos é imágenes. Difícil es, por cierto, entenderse con unos enemigos tan frívolos, y que nunca se hallan en el lugar á donde nos llaman. Aventuraremos algunas palabras acerca de la Redencion, para demostrar que la teoría del cristianismo no es tan absurda cual se finge creerlo.

Una tradicion universal nos enseña que el hombre ha sido creado en un estado mas perfecto que el actual, y que ha tenido una caida. Esta tradicion se robustece con la opinion unánime de los filósofos de todos tiempos y paises, que nunca han podido explicarse el hombre moral, sin suponer un primitivo estado de perfeccion; de que la naturaleza humana ha caido por su culpa.

Si el hombre ha sido creado, lo ha sido para algun fin; por consiguiente, habiendo sido creado perfecto, el fin á que habia sido llamado no podia dejar de serlo.

Pero ¿la causa final del hombre no ha sufrido alguna alteracion en virtud de su caida? No, puesto que el hombre no ha vuelto á ser creado; no, puesto que la raza humana ha sido aniquilada, para ser reemplazada por otra.

Asi pues, aunque el hombre se ha hecho mortal é imperfecto, merced á su desobediencia, ha subsistido no obstante con sus fines inmortales y perfectos. ¿Cómo llegará á estos fines, en su actual estado de imperfeccion? No le es posible conseguirlo mediante su propia energía, por la misma razon que un enfermo no puede elevarse á la altura de ideas á que un hombre en plena salud le es dado remontarse. Hay por lo tanto cierta desproporcion entre la fuerza y el peso que es forzoso levantar; y en esto se vislumbra ya la necesidad de una ayuda ó redencion.

«Este raciocinio, se replicará, seria exacto respecto del primer hombre, pero nosotros somos capaces de nuestros fines. ¡Cuánta injusticia y cuánto absurdo seria darse á creer que todos somos castigados por la falta de nuestro primer padre?»

Sin decidir aquí si Dios tuvo ó no razon para hacernos solidarios, todo lo que sabemos y todo lo que nos basta saber es que existe esta ley, pues vemos que en todas partes el hijo inocente sufre el castigo debido al padre culpable: ley tan estrechamente enlazada con el principio de las cosas, que se repite hasta en el órden físico del universo. Cuando nace un niño contaminado de males á consecuencia de la vida licenciosa de su padre, ¿porqué no nos quejamos de la naturaleza, pues, en último término, qué ha hecho ese inocente para que sobre él recaiga el castigo de agenos vicios? Ahora bien: las enfermedades del alma se perpetúan como las del cuerpo, y el hombre se halla castigado en su última posteridad, de la falta en que le hizo incurrir la primera levadura del pecado.

Probada así la caida por la tradicion universal y por la trasmision ó la generacion del mal moral y físico; y por otra parte, habiendo quedado los fines del hombre tan perfectos como antes de su desobediencia, aunque él haya sufrido una degeneracion, debemos inferir que una redencion ó un medio cualquiera de hacer al hombre capaz de sus fines, es una consecuencia natural del estado en que ha caido la naturaleza humana.

Una vez admitida la necesidad de una redencion, busquemos el órden en que podremos encontrarla. Este órden puede tomarse en el hombre, ó en una condicion superior á él.

En el hombre. Para suponer una redencion, necesítase que el precio esté á lo menos en razon directa de la cosa que se ha de rescatar. Y, ¿cómo suponer que el hombre, imperfecto y moral, pudiera ofrecerse á sí mismo para reconquistar un fin perfecto é inmortal? ¿Cómo el hombre, partícipe de la primera culpa, hubiera podido bastar, así para la parte de pecado que le corresponde, como para la que corresponde al resto del género humano? Semejante abnegacion ¿no exigia un amor y una virtud superiores á la naturaleza. Parece que el cielo quiso dejar trascurrir cuatro mil años desde la caida hasta la rehabilitacion, á fin de dar á los hombres tiempo bastante para juzgar por sí mismos cuán insuficientes eran sus degeneradas virtudes para tamaño sacrificio.

Réstanos, pues, ya solamente la segunda suposicion; esto es que la Redencion debia proceder de una condicion superior al hombre. Veamos si podia ser obra de algunos seres intermedios entre Dios y él.

Milton concibió una idea feliz al suponer que despues del pecado, el Eterno preguntó al consternado cielo si habia alguna potestad que quisiera sacrificarse por la salvacion del hombre. Las gerarquías celestiales enmudecieron, y entre tantos Serafines, Tronos, Ardores, Dominaciones, Angeles y Arcángeles, ninguno halló en sí bastante fuerza para presentarse cual víctima propiciatoria. Esta concepcion del poeta es rigurosamente verdadera en teología. En efecto, ¿dónde hubieran hallado los ángeles, en pro del hombre, el inmenso amor que supone el misterio de la cruz? Diremos además que la mas sublime de las potestades creadas no hubiera tenido ni aun la fuerza necesaria para consumarlo. Ninguna sustancia angélica podia, á causa de la debilidad de su esencia, arrostrar unos dolores, que segun dice Masillon, unieron sobre la cabeza de Jesucristo todas las agonías físicas que podia suponer el castigo de todos los pecados cometidos desde el nacimiento de las razas, y todas las penas morales todos los remordimientos que habian debido sentir los pecadores al incurrir en la culpa. Si el mismo Hijo del Hombre halló amargo el cáliz, ¿cómo lo hubiera acercado un ángel á sus lábios? No hubiese podido apurar las heces, y el sacrificio no hubera sido consumado.

No podiamos, por lo tanto, tener por Redentor sino á una de las tres Personas existentes en toda la eternidad; y de estas tres divinas Personas, vemos que el Hijo, por su misma naturaleza, debia ser el único que nos redimiese. Amor que enlaza las diversas partes del universo; Medio, que reune los extremos; Principio vivificador de la naturaleza, él era el único que podia reconciliar á Dios con el hombre. Presentóse este nuevo Adan, hombre segun la carne por María, hombre segun la moral por su Evangelio, hombre segun Dios por su esencia. Nació de una vírgen para no participar de la falta original, y para ser una víctima sin mancha; y nació en un establo, en el último escalon de las categorías humanas, porque hemos caido en el orgullo; aquí empieza la profundidad del misterio: aquí el hombre se confunde y el velo desciende.

Así es que el objeto á que podiamos llegar antes de la inobediencia, vuelve á sernos nuevamente propuesto; mas el camino que á él nos conduce no es ya el mismo. Adan inocente hubiérale alcanzado por caminos encantados; pero Adan pecador no puede conseguirlo sino á través de precipicios. La naturaleza ha cambiado desde la falta de nuestro primer padre, y el objeto de la Redencion no ha sido hacer una creacion nueva, sino hallar una salvacion final para la primera. Todo, pues, quedó degenerado con el hombre; y este rey del universo, que habiendo nacido inmortal, debia elevarse, sin cambiar de existencia, á la bienaventuranza de las potestades celestiales, no puede ahora gozar de la presencia de Dios sin pasar por los *desiertos del sepulcro*, como dice San Juan Crisóstomo.

Su alma ha sido salva de la destruccion final, mediante la Redencion; empero su cuerpo, que á la natural fragilidad de la materia reune la debilidad accidental del pecado, sufrió en todo su vigor la primitiva sentencia; cae, se funde y se disuelve.

Dios, despues de la caida de nuestros primeros padres, cediendo á los ruegos de su Hijo, y no queriendo destruir á todo el hombre, inventó la muerte como una semi-nada, para que el pecador sintiese el horror de la nada por entero á que hubiera sido condenado sin los prodigios del amor celestial.

Nos atrevemos á creer que si hay algo claro en metafísica, es la ilacion de este raciocinio. Aquí no se da tortura á las palabras, ni aquí hay divisiones ni subdivisiones, ni términos oscuros ó bárbaros. El Cristianismo no se compone de estas cosas, como quisieran hacérnoslo creer los sarcasmos de la impiedad. El Evangelio ha sido predicado al pobre de espíritu y ha sido entendido por él; es el libro mas claro de cuantos se conocen; su doctrina no halla su asilo en la cabeza sino en el corazon; no enseña á disipar sino á vivir bien. Sin embargo, no carece de secreto.

Lo que hay de verdaderamente inefable en la Escritura es esa mezcla contínua de los mas profundos misterios, y de la mas extremada sencillez; caractéres de que proceden lo tierno y lo sublime. No debemos, pues, admirarnos de que la obra de Jesucristo hable tan elocuentemente; y tales son tambien las verdades de nuestra Religion, no obstante su escaso aparato científico, que admitido un solo punto es forzoso aceptar todos los restantes. Hay mas; si intentamos eludir los raciocinios negando el principio, como por ejemplo, el pecado original, arrastrados en breve de consecuencia en consecuencia, nos veremos precisados á ir á perdernos en el ateismo; como lo han observado Clarke y Pascal. Hé aquí, á nuestro parecer, una de las pruebas mas poderosas en favor del Cristianismo.

Por lo demás, no debe sorprendernos que el que rige sin confundirnos, esos millones de globos que ruedan sobre nuestras cabezas, haya derramado tanta armonía en los principios de un culto establecido por Él; no debe sorprendernos que haga girar los encantos y grandezas de sus misterios en el círculo de una lógica incontrarestable, así como dirige la revolucion de los astros, para traer las flores ó las tempestades de las estaciones. Apenas se concibe el desenfreno del siglo contra el Cristianismo. Siendo verdad que la Religion es necesaria á los hombres, como lo han creido todos los filósofos, ¿con qué culto se pretende remplazar el de nuestros padres? Durante mucho tiempo recordaremos aquellos dias en que unos hombres sanguinarios intentaron erigir altares á las virtudes sobre las ruinas del cristianismo; hombres que con una mano levantaban cadalsos, y con la otra garantizaban en el frontispicio de nuestros templos la *eternidad* á Dios, y la *muerte* al hombre; y los mismos templos donde en otro tiempo se veia á ese Dios conocido del universo, y esas imágenes de la Virgen que consolaban á tantos infelices, estaban consagrados á la *Verdad*, á quien ningun hombre conoce, y á la *Razon*, que jamás ha enjugado una lágrima.

LAS SIETE PALABRAS.

PARÁFRASIS.

I.

«¡Señor y padre mio!
al hombre que de espinas me corona,
á mi enemigo impío,
como yo, le perdona!...
Es que al error, ¡oh! padre! se abandona!»

¡Y el Hombre-Dios piadoso
humilde mira á su enemigo airado!...
Por él vuelve amoroso,
cuando pudo irritado
anonadar el mundo del pecado!

¡Y tan sublime ejemplo
no sigue el hombre, que en su pecho eleva
á la soberbia un templo!...
¡Y aun el rencor le lleva
á la venganza vil que Dios reprueba!

De Dios omnipotente
aprendan la palabra los humanos...
La venganza inclemente
de hermanos contra hermanos
siempre será delito entre cristianos!

¡Hace bien poco el hombre
al hombre perdonando!... Esencia pura
de Dios, bajó en su nombre
Jesus desde su altura
á darle su perdon y la ventura!

Con la sangre preciosa
que á derramar entre nosotros vino,
de la paz venturosa
nos señaló el camino;
de la virtud nos escribió el destino.

¡Y el hombre miserable,
mónstruo de vanidad, acaso olvida
que en polvo deleznable,
del alma desprendida,
será la vil materia convertida!

¡Que Dios ha asegurado
ensalzar al humilde que padece
por quien, torpe y menguado,
le humilla y le escarnece
y con soberbia vil el pan le ofrece!

© Biblioteca Nacional de España

Castiga á tu enemigo
dándole tu perdon por penitencia,
que su mayor castigo
lo hallará en tu clemencia
como en la eterna voz de su conciencia.

II.

«¡Oh! tú, que reconoces
que soy hijo de Dios y verdad digo,
tú del cielo los goces
disfrutarás conmigo!...
¡Al Paraiso irás!... ¡Yo te bendigo!»

¡Jesus inmaculado
y esencia pura del divino aliento,
al ver en un malvado
el arrepentimiento,
en el Empíreo le promete asiento!

¡Orad! orad, cristianos!
¡Fundad en Dios eterno la esperanza,
que los bienes humanos
sujetos á mudanza
están, y solo en Dios su bien se alcanza!

En Dios encuentra ayuda
y proteccion el pecador contrito,
y aquel que de Dios duda,
inconfeso precito,
humillado será, será maldito!...

¡Mirad como os advierte
el ladron pecador que arrepentido
viendo de Dios la muerte,
él solo bueno ha sido
en medio de aquel pueblo corrompido!

Procura el hombre en vano
hallar viviendo la verdad que ansía...
El hombre buen cristiano
vé la verdad el dia
que el alma en un suspiro á Dios envía.

III.

«¡Por tu dolor me aflijo,
¡oh madre de mi amor! vírgen María!
Acepta á Juan por hijo;
que Juan desde este dia
en tí su madre vea, madre mia!»

¡Oh Vírgen amorosa
que diste al mundo el Redentor del mundo,
y cual Él generosa
hiciste tan fecundo
para el mundo cruel tu amor profundo!

Tú, de quien en la vida
sufre y llora, consuelo bendecido,
y madre bendecida
del triste desvalido
que por su madre abandonado ha sido!

Tú, que potente abates
del descreido la rabiosa saña!...
Tú, que en tantos combates
seguiste en tierra extraña
á los soldados de tu noble España!...

Tú, la sola que aplacas
las tempestades de la mar bravía,
y salvo á tierra sacas
al náufrago que envía
suspiros á tu amor en la agonía!

¡Bendita tú, que ofreces
al hombre tanto amor, Vírgen María!
¡Bendita una y mil veces!
¡Sé siempre nuestra guia,
y madre siempre de la patria mia!

IV.

"¡Dios mio, padre amado!
¿por qué, Dios mio, en tan supremo instante
estoy desamparado?
Mi acento suplicante,
¿no llega, oh padre, á tu cariño amante?"

¡Al dolor no cedia
del hombre Dios el poderoso aliento!...
¡Por el hombre sufria
y era su pensamiento
por el hombre sufrir mayor tormento!

¡Y la ayuda invocaba
de Dios para aquel pueblo malhadado,
que sin dolor miraba,
por él crucificado,
del Hombre-Dios el cuerpo inmaculado!

V.

"¡Sed tengo! ¡padre mio!
¡sed de sufrir por redimir al hombre
que me condena impío,
sin que mi amor le asombre,
ni le infunda terror tu santo nombre!"

El cruel sacrificio
del Hombre-Dios recuerden los cristianos.
Él acudió propicio
al bien de los humanos,
y al redimirnos Él nos hizo hermanos.

Perdonó los agravios
que la impudencia y el rencor le hacian:
y de sus puros labios
dulces frases salian
bendiciendo á los mismos que le herian.

¡Oh vosotros, los hombres
que por oro y poder os haceis guerra!
ved que son vanos nombres
los bienes de la tierra,
que solo en hacer bien el bien se encierra.

VI.

"¡Todo está consumado!
¡tu voluntad ¡oh Dios! está cumplida!
Ya del primer pecado
la tierra redimida,
dándome á mí la muerte, halló la vida."

Dios al bueno bendiga
y el bueno al criminal del bien le advierta.
Mi huella el hombre siga;
será su dicha cierta,
y del cielo hallará la entrada abierta.

¡Tenga los ojos fijos
el hombre en Dios y en su justicia crea.
Dé al mundo honrados hijos
y honrados nietos vea!
y siempre á Dios honrando, honrado sea!

VII.

«¡Oh! padre! padre mio!
en tus manos mi espíritu encomiendo!
A tí llegar ansio
al hombre redimiendo
y al mundo y á tu amor satisfaciendo!»

Y en el mismo momento,
Jesus ¡el Hombre-Dios sacrificado,
dando el postrer aliento,
al mundo abandonado,
redime al mundo del primer pecado!

CARLOS FRONTAURA.

DE JESUCRISTO Y SU VIDA.(*)

Cuando el Redentor se hallaba próximo á aparecer sobre la tierra, las naciones esperaban saludar á algun famoso personaje. «Extendídose habia en el Oriente, dice Suetonio, una constante y antigua tradicion de que naceria un hombre en la Judea llamado á obtener el imperio universal.» Tácito refiere el mismo hecho casi en las mismas palabras. Segun este historiador, «la mayor parte de los judíos estaban convencidos, por un oráculo contenido en los antiguos libros de sus sacerdotes, de que en aquel tiempo (el reinado de Vespasiano), prevaleceria el Oriente y que un hijo de la Judea, reinaria sobre el mundo.»

Hablando Josefo de las ruinas de Jerusalen, refiere que los judios se determinaron principalmente á la revolucion contra los romanos, por una oscura profecía que les anunciaba que en aquella época «se levantaria un hombre de entre ellos, y dominaria el universo.»

En el Nuevo Testamento hay tambien algunos pasages relativos á esta esperanza, á la sazon difundida por Israel: la multitud que corre al desierto pregunta á San Juan Bautista, si él es el Mesías, el Cristo de Dios, el esperado tanto tiempo; y los discípulos de Emaus quedan llenos de tristeza al reconocer que Juan no era el hombre destinado á rescatar á Israel. Las Setenta Semanas de Daniel, ó los cuatrocientos y noventa años despues de la restauracion del templo se habian cumplido ya: en fin, Orígenes, despues de haber referido todas estas tradiciones de los judíos, añade: «que gran número de ellos confesaron á Jesucristo como el libertador prometido por los profetas.»

Entretanto, preparaba el cielo los caminos del Hijo del Hombre. Las naciones, tanto tiempo desunidas en costumbres y gobiernos, fomentaban enemistades hereditarias: mas, cesa repentinamente el fragor de las armas, y los pueblos, reconciliados ó vencidos, vienen á confundirse con el pueblo romano.

Por un lado la religion y las costumbres habian llegado á aquel grado de corrupcion que producen forzosamente las vicisitudes humanas: por otro, los dogmas de la unidad de Dios y de la inmortalidad del alma empezaban á esparcirse por el mundo. Abriéronse de este modo por todas partes los caminos á la doctrina evangélica, y una lengua universal iba á propagarla.

El imperio romano se componia de naciones, unas salvages, ocultas otras, pero la mayor parte infinitamente desgraciadas: la sencillez de Cristo para las primeras, sus virtudes morales para las segundas, y para todas su misericordia y su caridad, eran otros tantos medios de salvacion de que se valia el cielo; medios tan eficaces que dos siglos despues de Jesucristo, decia ya Tertuliano á los jueces de Roma: «Somos de ayer y ya llenamos todo, vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras fortalezas, vuestros campos, vuestras colonias, vuestras tribus, vuestras decurias, vuestros consejos, el palacio, el senado, el foro: solo os dejamos templos. *Sola relinquimus templa.*»

A la grandeza de los preparativos naturales se unió el esplendor de los milagros; los verdaderos oráculos mudos, largo tiempo habia en Jerusalen, recobraron la voz, y las falsas sibilas enmudecieron. Manifestóse una nueva estrella en el Oriente: descendió Gabriel á María, y un coro de espíritus bienaventurados cantó durante la noche en lo alto de los cielos: *¡Gloria á Dios, paz á los hombres!* Cunde de improviso el rumor de que ha nacido el Salvador en la Judea; habia nacido, sí, mas no en la púrpura, sino en el humilde asilo de la indigencia; no anunciado á los grandes y á los soberbios, sino revelado por los ángeles á los pequeños y á los sencillos; no congregando en derredor de su cuna á los afortunados del mundo, sino á los desvalidos, y declarándose desde el primer acto de su vida el Dios protector de los miserables.

Detengámonos aquí para hacer una reflexion. — Desde el principio de los siglos vemos á los reyes, los héroes y los hombres famosos, convertidos en dioses de las naciones. Mas hé aquí al hijo de un carpintero, en un rincon de la Judea, mostrándose un modelo de dolor y de miseria; es infamado públicamente en un suplicio; escoge sus discípulos entre las clases mas humildes; predica solo el sacrificio, la renuncia de las pompas del mundo, del deleite y del poder; prefiere el esclavo al señor, el pobre al rico, el leproso al sano; todo lo que llora, todo lo que padece, todo lo que se mira abandonado del mundo, y de lo que huyen los hombres, es objeto de sus delicias; el poder, la fortuna y la dicha, blanco son de sus amenazas; trastorna las nociones comunes de la moral; establece nuevas relaciones entre los hombres, un nuevo derecho de gentes, y una nueva fe pública. De este modo eleva su divinidad, triunfa de la religion de los Césares, siéntase sobre su trono, y llega á sojuzgar la tierra!

Aun cuando la voz del mundo entero se levantara contra Jesucristo; aun cuando todas las luces de la filosofía se reuniesen contra sus dogmas, no se nos persuadiria que una religion fundada sobre tan asombrosa base, sea una religion humana. El que pudo hacer que se adorase una cruz; el que ofreció á los hombres por objeto de su culto la humanidad paciente y la virtud perseguida, no puede menos de ser un Dios.

Jesucristo se muestra entre los hombres lleno de gracia y de verdad: la autoridad y dulzura de su palabra cautivan las almas. Viene para ser el mas desgraciado de todos los mortales, y todos sus prodigios son en favor de los miserables. «Sus milagros, dice Bossuet, brillan mas por su bondad que por su poder.» Para inculcar sus preceptos, escoge el apólogo ó la parábola, que se graba fácilmente en el espíritu de los pueblos. Dá lecciones divinas caminando por los campos; al ver las flores,

(*) Por el Vizconde Chateaubriand.

© Biblioteca Nacional de España

exhorta á sus discípulos á que esperen en la Providencia que sostiene las débiles plantas, y alimenta á las avecillas; y al mirar los frutos de la tierra, enseña á juzgar al hombre por sus obras. Si se le presenta un niño, recomienda su inocencia; si se halla entre los pastores se dá á sí mismo el título de *Pastor de las almas*, y se representa llevando sobre sus hombros la oveja descarriada. En la primavera siéntase en la cumbre de una montaña, y deduce de los objetos que le rodean ingeniosos medios para instruir á la multitud que atónita le rodea; del espectáculo mismo que le ofrecen las pobres y desgraciadas turbas, saca sus bienaventuranzas: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*; *bienaventurados los que hán hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos*, etc.

Los que observan sus preceptos y los que los desprecian, son comparados á dos hombres que edifican dos casas, una sobre la dura roca, otra sobre una arena movediza; segun algunos intérpretes, mostraba al expresarse así, un lugarcillo floreciente en lo alto de una colina, y á su pié las cabañas destruidas por una inundacion. Cuando pidió el agua á la Samaritana, le pintó su doctrina bajo la hermosa imágen de una fuente de agua viva.

Nunca los mayores enemigos de Jesucristo han osado impugnar su persona. Celso, Juliano y Volusiano, confiesan sus milagros, y Porfirio cuenta que los oráculos mismos de los paganos le llamaban hombre ilustre por su piedad: Tiberio quiso colocarlo en la clase de los dioses. Segun Lampridio, Adriano le habia erigido templos, y Alejandro Severo le reverenciaba á la par de las imágenes de las almas santas, entre Orfeo y Abrahan. Plinio exhibió un ilustre testimonio de la inocencia de aquellos primeros cristianos, que seguian de cerca los ejemplos del Redentor. No hay filósofo alguno de la antigüedad á quien no se acrimine por algun vicio, y los mismos patriarcas incurrieron en flaquezas; solo Jesucristo brilla sin sombra de mancha alguna, y es la mas sublime copia de esa hermosura soberana que reside sobre el trono de los cielos. Puro y sagrado como el tabernáculo del Señor, respirando solo amor á Dios y á los hombres, é infinitamente superior, por la elevacion de su alma, á la mezquina gloria del mundo, prosigue á través de los dolores del gran negocio de nuestra redencion, obligando á los hombres, merced al ascendente de sus virtudes, á abrazar su doctrina, y á imitar una vida que no podian menos de admirar.

Su carácter era amable y tierno, su caridad no conocia límites. El Apóstol nos dá una exacta idea de ella en dos palabras: *Iba haciendo bien*. Su resignacion á la voluntad de Dios resplandecia en todos los momentos de su vida; amaba y conocia la amistad; Lázaro, á quien sacó del sepulcro, era su amigo; su mayor milagro tuvo por objeto el mas dulce sentimiento de la vida. Fué tambien un modelo del amor á la patria: «¡Jerusalen! ¡Jerusalen!» exclamaba pensando en el terrible juicio que amenazaba á esta ciudad culpable: «he querido juntar á tus hijos, como la gallina junta sus polluelos bajo sus alas, pero has sido rebelde!»

Dirigiendo sus tristes miradas desde lo alto de una colina sobre esta ciudad, condenada por sus crímenes á una horrible destruccion, no pudo contener sus lágrimas: *Vió la ciudad*, dice el Apóstol, *y lloró*!

No fué menos notable su tolerancia, cuando, rogándole sus discípulos hiciera bajar fuego del cielo sobre un pueblo samaritano que le habia negado hospitalidad, respondió con indignacion: «¡No sabeis lo que me pedis!»

Si el Hijo del Hombre hubiera bajado del cielo rodeado de toda su virtud y poder, ciertamente hubiérale costado escaso esfuerzo la práctica de tantas virtudes: mas en esto se cifra la gloria del misterio.

Jesucristo sentia dolores, su corazon se enternecia como el de un hombre, y nunca se le advirtió señal alguna de cólera, sino contra la dureza del alma y la insensibilidad. Repetia continuamente: *Amaos unos á otros. Padre mio*, exclamaba ya en poder de los verdugos, *Padre mio! Padre mio, perdónalos porque no saben lo que se hacen*.

Próximo á separarse de sus amados discípulos, prorumpió en llanto; sintió los horrores del sepulcro y las angustias de la cruz; un sudor de sangre corrió por sus divinas megillas, y lamentó que le hubiese abandonado su Padre.

Cuando el ángel le presentó el cáliz, dijo: «¡Oh padre mio! si es posible, aparta de mi este cáliz; pero si debo beberlo, hágase tu voluntad!» Entonces pronunciaron sus labios estas palabras que expresan toda la sublimidad del dolor: «¡Triste está mi ánima hasta la muerte!»

Ah! si la moral mas pura y el corazon mas tierno, unidos á una vida consagrada á combatir el error y aliviar los males de los hombres, son los atributos de la divinidad, ¿quién osará negar la de Jesucristo? Modelo de todas las virtudes, la amistad le ve dormido en el seno de Juan, ó encomendando su madre á este discípulo; la caridad le admira en el juicio de la mujer adúltera; respira la piedad y bendice las tribulaciones; su inocencia y su candor resplandecen en su amor á los niños; la fortaleza de su alma se muestra superior á los tormentos de la cruz, y su último suspiro es un suspiro de misericordia: ¡aspiracion divina en favor de la humanidad!

NUESTRA SEÑORA DE LORETO.

LA SANTA CASA.

I.

Hubo en otro tiempo en Judea una pequeña villa, conocida por Nazareth, cuna de una niña benditísima, que con su gracioso natalicio llenó al mundo de felicidad. Allí tenian su casa solariega dos escojidos consortes, amados del Altísimo y prevenidos con las bendiciones del cielo; los que si bien lloraban la esterilidad en su matrimonio, llegó el momento en que Dios enjugó sus lágrimas, enviándoles un ángel que les anunciase estar designados por padres de la que habia de ser madre del Salvador y corredentora del linaje humano.

Aquellos dos ancianos patriarcas, Joaquin y Ana, oyeron respetuosamente las sagradas palabras del Espíritu celeste, corriendo por sus rostros venerables lágrimas mezcladas de alegria, de temor y de esperanza, sin comprender cómo pudiese Ana concebir atendida su avanzada edad. — Empero el milagro del Omnipotente alentó su fe: guirnaldas votivas cubrieron el suelo de aquel humilde aposento, manojos de ciprés y coronas de laurel sagrado le ofrece la tierra, célicos versos la poesía, el humo sabio inflama el aire, y los valles cercanos se visten de adelfas y de lirios; el cielo se sonrie y la atmósfera embalsamada atrae sobre aquel hogar bendito los dulces mensajes de la violeta y del naranjo. El averno tiembla porque vé aniquilarse su gigantesco poder, y ya la serpiente seductora se arrastra avergonzada para ocultarse entre la yerba, porque el prodigio de la puerta dorada y misteriosa iba á realizarse.

II.

El mundo sumido en la ignorancia; ese mismo mundo que carecia de regocijo presentando el aspecto de la noche y sus horrores, ostentando la aridez de los campos de Samaria, secos ya por falta de rocío, vé alzarse en la casa de Nazareth aquel tupido velo que cubria el *porvenir*, y apenas se atreve á contemplar en los campos del *destino* las imágenes de las cosas futuras que le anunciaron inspirados vates. Mas la promesa magnífica de Dios vá á cumplirse en aquella modesta morada, el mundo vá á llenarse de consuelo, y la descendencia proscrita de Adan contribuirá no poco á dulcificar su dolor.

Las jóvenes y risueñas horas del *presente* van á hacer olvidar el *pasado* y el ameno *porvenir*; las negras sombras que cubren de luto el mundo van á desvanecerse ante las brillantes tintas de la mañana, y se presentarán las huellas de los rayos de la aurora, derramando oro y perlas por do quier. El mar sereno y sin creciente se presentará apacible, encorvando á lo lejos sus brazos extendidos hácia la tierra, en ademan de estrecharla contra su seno, porque está allí el pabellon donde por la vez primera vá á abrir sus ojos á la luz la hija predilecta de sus ondas.

III.

Los patriarcas y profetas de la antigua ley, que tranquilos dormian en las silenciosas tumbas, de súbito despiertan con el corazon henchido en lágrimas, y contarian los momentos que faltan aun para la reconciliacion del mundo, y entre suspiros y dudas preguntan: ¿resta todavia mucho de la noche del pecado? A todo esto hallan sus frentes humedecidas con el rocío matutino: recobran poco á poco el espíritu refulgente del vaticinio; siéntense inspirados, y saliendo de su lecho de polvo exclaman: «¡Ven, oh astro matutino, ven para que pasemos de las tinieblas á la luz y del dolor al placer!... ¡Ven, santa princesa prometida, faro luminoso de la verdad sagrada; ven é infunde claridad á los oscuros pórticos de Israel y á la religion sombría del mundo! ¡Ven, oh clara luna, para que con tu rocío se fertilice la tierra, y para que los rayos de tu dulzura la inunden de general alegria!»

IV.

Ahora bien: esta niña tan privilegiada, ¿permaneceria acaso en el vientre de santa Ana, como las demás criaturas en el de sus madres, pendiente de un hilo sobre los infiernos? No; Dios la eligió para madre de su Unigénito, puso en ella todo su afecto y la preservó desde el primer instante de su concepcion de la ley mundanal, borrando solo para ella la infeccion de la culpa en un veloz instante con la rapidez eléctrica que á un tiempo mismo dibuja y borra su huella en la elíptica celeste.

¿Quién es pues esta criatura benditísima, que viene enamorando al mundo y disputando á las flores su perfumado aliento, al aire, su limpidez, á la vejetacion sus galas? ¿Quién es esta, cuyos rubios cabellos asemejan á los rayos del sol? ¿Quién aquella, á quien las estrellas coronan, la luna sirve de trono y el sol de manto?

Esa niña tan hermosa como las brisas del otoño, cuyo torneado cuello es mas blanco que el de los cisnes, cuyos labios son de jacinto, parecidos sus ojos á los de la paloma, y toda ella revela un tipo de extraordinaria belleza, á quien los serafines cubren con sus alas meciéndose suavemente en las blancas nubes de la aurora, rodeada de espíritus angélicos, apareciendo al mundo cual lucero hermoso de la mañana y bañando de contento á la tierra; pues bien: esa es nada menos que María, la Purísima María que nace en una casa de Nazareth, para ser madre del Divino Verbo.

—«Ilustres profetas de Dios, ya vuestros vaticinios principian á cumplirse. Los triunfos de una mujer y la victoria sobre el enemigo de una generacion perseguida desde el pecado del primer hombre, cuya imaginacion no descubria ya medio alguno de llegar á su felicidad sino por medio de María.» Ella antes de nacer, cual lucero vespertino, extiende un sombrío crepúsculo sobre el infierno, y aplastando la cabeza de la serpiente, la hace desaparecer para siempre, sepultándola en las regiones de la ignorancia.

V.

Todo anuncia que María no nace en la esclavitud de pecado, porque es la hija de la gracia y del misterio.

El enemigo implacable del género humano comienza á perder su influencia, y debilitándose las adoraciones que antes recibiera de las divinidades paganas, el excelso nombre de esta Reina se hará simpático en toda Italia y en la Grecia; caerá Júpiter con el Capitolio y Marte con los belicosos laureles de su triunfo: los lúgubres demonios de la India y del Oriente se extremecerán, y las efigies mentidas de Moloch y de Pluto serán derribadas de sus pedestales por el cristianismo que adora á María. La montaña desencantada quedará sin su orcada, la fuente sin su ninfa, y los mentidos ritos del dios Pan serán abolidos para siempre; no mas libaciones supersticiosas; no mas ciudades engañadas que ornen sus puertas de guirnaldas en obsequio á los dioses fabulosos.

Pero tiempo es ya de que hablemos de la casa santa de Nazareth, donde ha nacido María, donde vive inspirada por el Espíritu Divino, fijo su pensamiento en las clarísimas profecías de la revelacion y en los padecimientos y milagros del prometido en la ley. Vedla allí levantando sus ojos purísimos al cielo; á su lado desciende un ángel que se arrodilla ante ella y saludándola la bendice. «No pienses, María, la dice que estas palabras que te he anunciado acerca de un gran misterio proceden de mí; proceden de Dios. Tú eres la única entre todas las criaturas que está libre del pecado. Por esto el cielo te ha elegido para madre del Divino Verbo.»

Un rayo de luz se vé brillar sobre aquel aposento, y desde aquel momento se verifica la encarnacion del Hombre-Dios en las purísimas entrañas de la Virgen.

Desaparece el ángel, cruza la region del aire con rápido vuelo, y María, desposada con un humilde carpintero descendiente de la gran prosapia de David, sale de la casa de Nazareth atravesando las montañas de Judea, llega al domicilio del pontífice Zacarías, abre sus purísimos brazos y estrecha contra su seno virginal á su bendita prima brillando en su rostro santísimo la sonrisa de un alma privilegiada. Isabel pronuncia palabras de bendicion, y el Bautista late en su vientre, mientras María, levanta sus blancas manos al cielo entonando un cántico de sublime poesía. *Magnificat anima mea Dominum*.

Despues regresaron ámbos esposos á la casa de Nazareth, á aquel modesto albergue, donde hacen vida doméstica é inocente y en espectacion de altísimos misterios. Porque María, desde el momento en que otorgó á las palabras del ángel pronunciando aquel *fiat* que ansiosamente esperaba Adan y su descendencia, fué madre de Dios, y su voz retumbó dulcemente en el féretro del anciano patriarca Abrahan, anunciando á los justos que acababa de ser disuelta la maldicion de Eva por privilegio á María, y que el mundo habia sido colmado de consuelo, de bendicion y de gracia. Así la vemos en la casa de Nazareth dirijir palabras de sublimidad al cielo exclamando: ¡*Oh! mi alma me dice interiormente con alegría que espere*. Lánzase mas allá de la hora divina y se regocija en el porvenir dichoso.

María, segun el melífluo san Bernardo, tuvo perfecto conocimiento de las parábolas y enigmas legales, penetró el propio sentido de las alegorías admirables, fué fidelísima en creer, sincera y muy clara en explicar. En los dias de la espectacion de su purísimo parto estuvo el Señor en ella como en trono querúbico: por eso la denomina así san Efren, y el mismo san Bernardo añade que fué asiento supremo de Dios. Los ángeles se enagenan de gozo al dirijir sus miradas á la casa de Nazareth, donde habita María, porque descubren una estrella brillantísima que, atravesando las nubes, se coloca sobre ella sirviéndole de aureola, porque en aquella casa santa se representa la Jerusalen nueva, á la que ha descendido el Divino Verbo, donde está la Reina con vestido de oro, rodeada de variedad, con galas preciosísimas y brillantes adornos.

Los querubines tejen guirnaldas de rosas, embellecien-

© Biblioteca Nacional de España

do aquel aposento humilde. El Eterno Padre le envia un ángel con batea de oro y en ella collares de perlas, simbolizando la gracia é inocencia de María.

VI.

Corria el gran siglo de Augusto, el mas bello de todos los siglos despues del de Pericles, como dice un autor moderno, y Roma extendia su dominacion hasta las extremidades de la tierra. El César quiere saber el censo de su vasto imperio, y manda formar una estadística general que satisfaga sus deseos; el edicto se promulga en todas partes obligando á los vecinos á empadronarse en su respectivas tribus.

María y José salen de la casa de Nazareth dirijiéndose á Galilea, donde la sorprende el parto, y por lo cual tiene que refugiarse en un pobre establo cerca de Belen. Allí nace Jesus: sobre aquel derruido portal chispean las estrellas, los ángeles entonan gloria á Dios y paz al mundo, dejan sus nidos las sonoras aves, y acompañan los suaves acentos de los serafines; el campo, helado y triste hasta entonces, se viste de verdes flores, y el monte infructuoso aparece cubierto de preciosas alfombras.

Los sencillos pastores le adoran y le ofrecen dádivas: los opulentos orientales, guiados por un astro, no tardan en adorarle reconociéndole por Dios, por Rey y por hombre mortal. Vuelve María á Nazareth con José su esposo; la ilustre viajera presenta en el templo majestuoso de Jerusalen al sagrado infante que lleva en sus brazos; allí se aparece un anciano pontífice de sombrias funciones, alzando sus trémulas manos al cielo, quien pronunciando un oráculo divino pide salir en paz del mundo porque sus ojos ya han visto al astro dorado que esperaban las generaciones.

El eco de su voz resonó en el purísimo corazon de María, y sus ojos se arrasaron en lágrimas, porque con solemnes palabras le anunciaba aquel venerable sacerdote y profeta las trágicas escenas de la cruz.

VII.

Ya María y José, su castísimo esposo, residen en la pequeña mansion de Nazareth, cuyo humilde aposento es testigo de las dulces delicias de la Santísima Virgen con el tierno niño Jesus; allí una y mil veces arrimó su purísimo pecho á su infantil boca; allí le besó con su purpurino labio; allí el divino Niño puso su agraciada mano sobre los trenzados cabellos de su excelsa madre, tocó su tersa frente y acarició su sonrosada megilla.

Allí paraba su imaginacion divina el precioso infante, para mejor escuchar la dulce voz de su madre, que cantando le mecia, mientras él con sus encantadores gorgeos queria imitarla. Y si abundantes lágrimas inundan sus tiernas megillas, ella le besa y estrecha en su seno virginal, enjugándoselas con sus mismas tocas. Sentado junto al manso rio que murmura sereno, en él purifica los humildes pañales de su niño amado, los extiende en la playa ornada de cipreses; el sol le presta sus rayos de oro devolviéndoles toda su blancura: los corderillos saltan de los apriscos y corren en pos del tierno infante, tranquilamente dormido al lado de su madre, y al que los ángeles contemplan entre resplandores de gloria.

Los olorosos tomillos sostienen las fajas del recien nacido, las rizadas aguas se sonrien, mientras que el sol brilla sobre María, quien volviendo el rostro hácia su hijo, advierte que sus entornados ojos miran al cielo y entonces ella entona puros cánticos de placer entre repetidas caricias y multiplicados halagos.

VIII.

El cruel y suspicaz Herodes, el conquistador de Jerusalen, el asesino de su propia mujer, é hijos, mal avenido sin duda con la aparicion de un niño á quien estaba prometido el reino de Judea, expide un decreto infanticida, por el cual sus fieros ministros devoran mil vidas inocentes, entristeciendo á la mas poderosa tribu de Israel. Voces melancólicas, postrer suspiro de la vida que se pierde, y ayes lastimeros se escuchan en Ramá y en todo el ámbito de Judea, estremécese la tierra y brama de sentimiento; y no es de extrañar, porque se vé empapada en sangre preciosa derramada por la ambicion del mas despótico y voluptuoso monarca.

Los tiernos niños son arrancados con violencia del seno de sus madres, que pálidas y desencajadas, trémulos sus labios y agitados sus pechos á la vista de tanto horror, extienden sus brazos en ademan de asir las gargantas de los feroces verdugos de sus hijos, mientras que estos furiosos de venganza mueven sus gorgónicos ojos incrustados en órbitas de sangre; dirantes sus músculos, hinchadas sus venas, entreabiertos sus labios y apretados sus dientes, blanden sus cimitarras, hacen brillar sus puñales en el aire, y extendiendo la muerte por do quier, degüellan á los inocentes niños que truecan sus vidas por la del divino Jesus.

¡Escena de luto, de desolacion y de muerte! Pero aquella misma sangre que inocente brota de las tiernas víctimas ha de servirle de anticipado bautismo; y hasta sus madres la reciben derramando amargas y abundantes lágrimas. Los infames sectarios del déspota habian prestado atento oido á los angustiosos gemidos de las víctimas y mostrado sus sañosos osteides bajo satánica sonrisa como para mejor recrearse en los dolores que ocasionaban. ¡Veloces fueron en verdad sobre la tierra los dias de aquellas inocentes víctimas, y pasaron cual efímera de la vida á la muerte, de la benéfica y reciente existencia á las eternas tinieblas del no ser! El soplo helado de la muerte extinguió, en efecto, la lámpara de sus vidas; pero sus beatísimos espíritus atraviesan el empíreo y vuelan á esperar en el limbo la admirable ascension del Salvador para con él tener ingreso en el cielo. Por eso se les vé hoy cubiertos con túnicas preciosas y embalsamadas, ornadas sus frentes de rosas y jacintos, jugar alegres y graciosos ante el excelso trono del Cordero.

IX.

Un ángel dirije sus pasos hácia la casa de Nazareth, y apenas ha llegado á ella anuncia á José el peligro que corre el niño con la resolucion de Herodes; le manda que emigre con María á tierra de Egipto, y pronunciada la salvadora frase se oculta veloz entre las nubes.

Extremécese José, y no con poco recelo recoje á su esposa y al niño; abandonan su morada querida y huyen tan solo para salvar la vida de su caro hijo. Larga y peligrosa habia de ser la jornada. Unas veces los cielos contristados se deshacian en lluvia fria y torrentosa; otras el aire redoblaba su ímpetu pasando rápido y destructor por entre las ramas de los árboles, y remedando los lúgubres gemidos del huracan que iban á perderse en la inmensidad del espacio; otras, en fin, se oia el bramido de las fieras, el redoblado ruido de las aguas agitadas, el rumor producido por la lluvia, que desgajándose de las nubes caia á torrentes, el murmullo de los árboles y los silbidos del aire que hacian vacilar la luz; todo parecia haberse conjurado contra aquellos atribulados esposos, causándoles el espanto mas aterrador.

Los emisarios de Herodes van á Nazareth, registran el domicilio santo de María, y con ojos vacilantes buscan por todas partes el objeto deseado para sacrificarlo; mas contrariados en sus esperanzas é informados ya del disfraz de los viajeros, corren furiosos en su busca cual bandada de hambrientos lobos. Hablan entre ellos, discuten, disputan, y sabedores de que la jóven viajera llevaba el niño en sus brazos, lo cual constituia la consigna, decidense por fin á cortarles el paso, apostándose en diversos senderos. La medida no podia ser mas segura, y el futuro Rey de Judea habia de caer en sus sacrílegas manos.

Pero no fué asi: el cielo seguia encapotado, la noche no podia ser mas borrascosa, abrianse las nubes de vez en cuando para dar paso á la imponente electricidad, única luz en aquellos negros y tortuosos caminos.

No lejos de allí tras una montaña seca y descarnada hay una inmensa llanura, y despues se divisa la primera ciudad que fué atacada por los israelitas, la poética Jericó, cuyos espesos muros cayeron desplomados ante las formidables huestes de Josué. Dirijiase á aquella ciudad, donde á la sazon residia la tribu de Benjamin, un niño que en union de su padre cabalgaba en un camello; sorprendidos ámbos por lo horroroso de la tormenta, y asustados por el contínuo retumbar de los truenos, hubieron de refugiarse en una gruta que por intervalos iluminaba la siniestra luz de los relámpagos. Al poco tiempo de estar allí oyeron la consigna que los emisarios de Herodes, ocultos de antes en la gruta, se daban para mejor asegurar el golpe de cojer á los viajeros.

Grande era pues el peligro que corrian Jesus, María y José, y la dificultad de huir de sus perseguidores crecia por momentos: imposible era pues que aquel niño al escuchar que la única salvacion de otro niño estaba en el paso del torrente, no concibiera desde luego el proyecto de avisar á sus padres, y asi lo hizo.

Aquel muchacho, que á la sazon tenia unos diez años, se dejó mas tarde empujar en la carrera del crimen, y de falta en falta se dedicó al oficio de bandido por lo cual fué preso y condenado por Pilatos á ser enclavado en una cruz, el mismo dia en que Jesus espiraba en igual suplicio como Redentor del mundo. Y Dimas, pues tal era el nombre del muchacho pide á Dios que le perdone: *Domine memento mei, cum veneris in regnum tuum*, y Jesus le respondió: *Amen dico tibi hodie mecus erin in paradiso* (San Lucas, cap. 23), premiándole de esta suerte con su fe el favor que le hizo cuando era niño y huia de Herodes.

Veamos ahora el rico panorama que se ostenta á la vista de María y de José en su emigracion con el niño Jesus, que tiempo tendremos de seguir sus pasos y proseguir su historia.

En las comarcas situadas mas allá del famoso estrecho, antigua barrera del mundo habitable, limite y medida un dia de los conocimientos geográficos, en aquellas comarcas descreidas donde en todo tiempo el mundo cristiano y civilizado ha fijado un preferente interés, allí brilló esplendorosa la antorcha de la fe cristiana en los cinco primeros siglos antes de ser extinguidas por las tempestades del fanatismo; tempestades desencadenadas en el siglo VIII por la irrupcion de los ciegos adoradores de Mahoma. Y sin embargo, en aquellas comarcas en que la barbarie musulmana ha borrado hasta los recuerdos y con ellos toda nocion de grandeza moral, florecieron san Cipriano y san Agustin: allí se alzaban á la par de Cirta, la famosa córte de los reyes numidas, las ciudades de Tagasta é Hipona, cuna la primera, ennoblecida la segunda por el episcopado de este santo doctor.

Y si nos remontamos á épocas mas anteriores, veremos que á pesar de que el Africa en razon á sus licenciosas costumbres, parecia no hallarse aun preparada para recibir las severas doctrinas del cristianismo, este, sin embargo, contó con notables progresos al finar del siglo II, y ya el célebre Tertuliano habia dado no poco brillo á las iglesias que en aquella época acababan de erigirse.

La historia nos ha conservado los nombres ilustres de los primeros mártires que pronunciaron el nombre de Cristo, dando el ejemplo á Perpétua y Felicitas que despues sufrieron el martirio con no menos resignacion.

Comienza la era cristiana, y el Júpiter romano que supo derrumbar de los templos africanos la ensangrentada divinidad de Cartago, vacila tambien sobre su pedestal.

Los gastados símbolos y las embriagadoras sensualidades del politeismo van á desaparecer para siempre ante una fe mas sublime y mas pura, y los propagadores irresistibles de esta reciente religion van á llamarse san Cipriano, san Agustin, Tertuliano y Lactancio.

Desde una montaña árida, sembrada de piedras resbaladizas, se divisa una línea de murallas flanqueadas de torres cuadradas y tras de las cuales asoman edificios: son la ciudad santa, Jerusalen en medio de desiertos.

Recórranse las cercanias: aquí Jericó, allá Babud y á un lado el mar Muerto, que si hoy dá espanto á la imaginacion por sus recuerdos imponentes y temibles y por el espectáculo de desolacion que ofrece á las miradas, en la época á que nos referimos era un risueño valle. Las tierras del Líbano, cubiertas de nieve, derraman sobre este país saludable frescura en lo interior, mientras que las costas marítimas exhalan húmedo calor, y las cercanas llanuras de la Arabia desierta están expuestas á un ambiente seco y abrasador.

No lejos de Roseta, en Egipto, hay una de las bocas del Nilo, que presenta una admirable perspectiva y un pintoresco pero temible torrente.

Deslízanse lentamente las aguas del majestuoso rio por entre las márgenes cubiertas de palmeras, de árboles de toda especie, de grandes plantíos de arroz y de muchas plantas silvestres y olorosas, cuyo aroma embalsama la atmósfera; veuse esparcidas á uno y otro lado casas y cabañas; el ganado pace libremente en campos de un hermosísimo verde; mil especies de pájaros hacen resonar sus trinos por los aires, y millares de ánades y de cisnes parecen los soberanos de aquellos pueblos acuáticos.

Tal era el terreno por donde marchaban, como ya hemos dicho, nuestros preclaros viajeros. Sentados unas veces á la sombra de los árboles no muy distantes de la ribera, apartados otras de las márgenes entre grupos de bojes y follaje, divisando otras las pirámides, verdaderos colosos, gigantesca produccion del arte, fatigados muchas por los rayos ardientes del sol, refrigerábanse otras con las suaves brisas del Nilo, providencia de aquel largo valle, cuyas inundaciones regulares y cuyo fértil cieno produce los mas exquisitos frutos.

El sagrado infante paró su atencion en aquellas trasparentes aguas, y su imaginacion se recreó al ver juguetear las ondas que de contínuo se destruian unas á otras, y al ver brillar al sol sobre ellas produciendo las mas caprichosas tintas. La Virgen y san José contemplando á su vez al niño Jesus entretenido en tales objetos, ofrecian un grupo singular y digno de ser inmortalizado. Sentados otras veces en las playas de que hemos hablado distinguiase el vasto y risueño mar que á presencia de Jesus parecia abdicar de sus imponentes derechos y hacer gala con la brisa que rizaba la superficie de lo variado de las tintas que ostentaba, merced á las rosadas nubes que le cubrian y á los aromas que le llevaba el viento de la tierra. Metamorfosis singular, inexplicable contraste si se atiende al estado de la atmósfera cuando la sacra familia emprendió su peregrinacion, pero perfectamente explicado por la presencia en aquellos sitios del Dios que iba á empuñar el cetro del mundo. Allí estaba el sol del Mediodía, jugueteando con las ondas del mar, ángeles se veian sobre las rocas que despuntaban en medio de la lisa arena, aspirando la fresca brisa del cielo que se mecia sobre las ondas al son de su dulcísimo murmullo.

El corazon se inunda de poesia, y de amor, envidiando cada soplo de la brisa que dirijia al Dios niño.

A los momentos penosos de María y de José, se seguian los dulces recuerdos de su querida morada en Nazareth, y el verse obligados á residir en un país lejano y supersticioso, como lo era Egipto, cuya religion estribaba en la reputacion de mentidos oráculos: allí vivian de incógnito con el Supremo Rey, el mismo que un dia habia de hollar con su divina planta las régias púrpuras de los Césares, levantando su egregio solio sobre el águila y la serpiente del Nilo, extendiendo su bienhechora doctrina por do quier que hubiese hombres pensadores: allí residia el tierno Príncipe de la gloria, el mismo cuyo poder divino habia de extinguir para siempre el humo de los altares del hijo de Alemena.

Extranjera, como hemos dicho, la sagrada familia, y errante y proscrita, siete tiernos años habitó lejos de su patria, hasta que muerto Herodes lució el afortunado dia en que, levantando José sus ojos al cielo, divisó un ángel que le mandaba salir de Egipto. Emprendieron pues su viaje ámbos consortes, llenos de gozo y satisfaccion, y dirijieron sus pasos á Judea, donde al llegar supo José que Arquelao, hijo de Herodes, ceñia la diadema de su padre y dirijia los destinos de aquel pueblo: esta inesperada nueva le llenó de pavor, y henchido su pecho de tristura, temió por la vida de Jesus niño; empero en medio de tan afligido estado, experimentó una viva sensacion de alegría al ver á su lado otro ángel que, despues de saludarle, le ordenó se retirase á Galilea para seguridad del tierno infante. Hácenlo asi, obedientes como siempre á la voluntad del Altísimo, y permanecen en aquella tierra hasta que otra vez el ángel se le aparece, notificándole que pueden volver sin peligro á la casa de Nazareth y acompañándoles en el camino.

Las azuladas ondas de los mares de Galilea celebraban el regreso de los ilustres expatriados; los inocentes pajarillos, saltando sobre el romero, gorgean dulcemente

© Biblioteca Nacional de España

las pastoras que guardaban los ganados se asoman á las peñas arrojando guirnaldas al niño, que risueño viene jugando con las rubias sortijas que forman los cabellos del ángel; las abejas acuden zumbando al rededor del agraciado rostro del niño, y cual primavera hermosa aparece el suelo cuajado de rosas, azucenas, claveles, jazmines y violetas que embalsaman el ambiente; triscan los corderillos, balan las ovejas, y el firmamento todo se sonrie saludando alegre á la majestuosa Trinidad de la tierra, que regocijada torna á su hogar predilecto.

X.

Bella es la comparacion que puede hacerse de la humilde casa de Nazareth, donde habita el Dios excelso hecho hombre, con los famosos palacios de Neápolis y de Atenas, con los suntuosos edificios de Pompeya, con los soberbios monumentos de Roma y de Egipto, de la gran Mitilene y de la gran Ninive, ciudades todas donde admirándose los planos de Vitruvio, los caprichos y gustos naturales del hombre, tanto dieron siempre que hacer á los anticuarios; donde se ostentaban las ricas colgaduras de púrpura de Tyro, los preciosos mosáicos, las mas elegantes columnas, y oblongos pedestales en que se apoyaban las mentidas divinidades de Isis, la Fortuna, Horo, Júpiter, Baco, el Dios de los cien nombres, Aniuzi con su cabeza de perro, el buey Apis y otra porcion de ídolos de forma grotesca y desconocidas designaciones.

La casa de Nazareth era en aquella época de pequeñas dimensiones, rústicas sus paredes de sencilla construccion, rodeada de árboles y de jazmines que despidiendo suavísimo aroma, remedaban una hermosa corona de fragancia destinada á glorificar á sus sagrados habitadores.

Situada Nazareth en una posicion hermosísima, y apellidada ciudad en los libros santos, tan solo es hoy un miserable villorrio, cuyas casas y habitantes llevan en sí el sello de la pobreza. Hállase colocada en un valle circular y rodeado de quince montañas, que parece haberse acercado para circuir este sitio delicioso y defender su entrada.

Dividido este valle en pequeños jardines con hileras de rosales espinosos, abunda en higueras, y el suelo se cubre de una yerba fina y compacta que ofrece excelentes pastos.

Un pequeño riachuelo corre por medio de las estrechas calles de Nazareth, y en el centro del lugar se encuentra una mezquita, cuyo minarete parece proclamar un dia y otro dia que las falacias del Alcoran han reemplazado la moral pura del Evangelio.

Si el Jordan debe su mayor celebridad al bautismo de Jesucristo, Nazareth, ciudad de la baja Galilea, situada entre el Mediterráneo y el lago de Tiberiades, diez y ocho siglos hace que recibe el homenaje de los mas piadosos é ilustres viajeros.

La modesta casa de la Virgen está abierta en la roca, y se baja á ella como á un subterráneo, por diez y seis escalones. Hallábase dividida en dos partes: la primera era la estancia que, segun una tradicion piadosa, fué trasladada por los ángeles á Loreto; y la segunda una gruta abierta en el peñasco. La gruta, poco profunda y ancha, de cinco á seis piés, que se encuentra en el declive del precipicio, es la misma en la cual no ha mucho hemos visto escondido á Jesus esperando que se dispersasen sus enemigos.

A unos ciento treinta pasos de la actual iglesia de Nazareth, está la casa en que el esposo de María ejerció el oficio de carpintero, y todavía se señala el sitio con el nombre de tienda de San José.

¡Cuán delicioso seria ver á aquellos esposos en tan dulce y pobre aposento, oyendo apacible el risueño cantar de los pajarillos que en los cipreses se albergaban, alegrándose el aire con el suave olor del jazmin, y jugueteando el agua en armonioso murmullo! ¡Cuán inefable debiera ser el contento de aquellas benditísimas almas!

En su interior solo se veia el modesto ajuar de que ya hemos hablado, con los artefactos del humilde oficio que José ejercia, y con el que atendia al precioso sustento de su esposa y del divino niño, cada vez mas frugal y mas escaso, mientras en la soberbia Roma se servian en el cenáculo de los palacios los mas sustanciosos manjares y los licores mas escojidos.

Comparemos por un momento la económica mesa de María y de José con el Dios niño á la de los Césares y poderosos, servida por esclavos con bateas de oro y palanganas llenas de aguas perfumadas, servilletas con franja de púrpura á la usanza oriental y romana. Comparémosla al Triclinium de los pompeyanos, donde los convidados se reunian. Allí se veian la famosa pintura que representaba á la incestuosa Leda ofreciendo sus recien nacidos al rey del Olimpo; mesas de caoba adornadas con arabescos de plata, rodeadas de lechos y asientos semicirculares, con embutidos de preciosos metales, con cojines cubiertos de ricos bordados, que cedian voluptuosamente á la presion del cuerpo mientras se recreaban con las exquisitas viandas, coronadas estas mesas por ídolos, lares y saleros, derramando el vino sobre ellas y haciendo las libaciones de costumbre, tendiéndose sobre los lechos para comenzar los banquetes, brindando con el ciathus que les llenaba hasta el borde el escanciador; y mientras los esclavos cubrian las mesas de escojidos manjares, leian otros las rotulaciones de las ánforas para conocer la clase de los licores y su ancianidad.

Entre tanto, los humildes jornaleros de Nazareth, con su divino hijo, cercenaban sus placeres tomando tan solo lo necesario para el sosten de la vida, y aun con su escasez, todavía socorren á otros mas indigentes, en tanto que en aquellas opulentas y abundantes mesas, bajo dorados artesones, se niega un corto refrigerio al pobre, que siempre ha sido importuno el oirle decir que tiene hambre, siendo así que los demás se embriagaban en las orgías y los festines.

Llega la celebracion de los Acimos y de los Tabernáculos, y en la humilde casa del artesano de Nazareth no se hace mas que cumplir con el rito judáico, contemplando el orígen de aquellas solemnidades, mientras que la ciega gentilidad festeja á Vulcano en 8 de los idus de agosto, haciendo salir á la arena á los esclavos para luchar con las fieras y divertir al pueblo en sangriento espectáculo. Tales eran entonces las fiestas de Roma, y la Grecia por otro lado presentaba en sus anfiteatros lucha de hombres mas horrorosa aun que la de las bestias.

El mundo no estaba aun civilizado, el foco de la ilustracion confluia á su centro, que era la persona del tierno niño que habitaba la pobre casa de Nazareth, y que sale de ella á cumplir su mision de libertar al mundo de la esclavitud en que gemia, porque los hombres, en su mayor parte, carecian de toda idea de Dios, ignoraban el porvenir que les estaba reservado, y no sabian lo que pudiera haber mas allá de la tumba.

Por eso, y para desvanecer tan densas tinieblas corre el Hijo divino de la Madre Virgen de Nazareth y promulga nuevas leyes á cuantos tengan oidos para oir y ojos para ver, revelándoles la existencia del verdadero olimpo, la recompensa que les espera en el verdadero cielo.

XI.

Desde entonces empiezan á resonar con la predicacion de Jesus las promesas de la Sagrada Escritura, y haciendo milagros se le agregaron unos pobres pescadores: las almas se arrepienten al escuchar las garantías de la fe saludable que sale de sus divinos labios, y en ella ven el orígen de la santidad y observan la sinceridad de sus lágrimas que no exije sacrificios cruentos de víctimas ornadas de guirnaldas, sino flores imperecederas, presentadas por pensamientos revestidos de inocencia en el altar del corazon; esas flores que conservan toda su frescura cuando ya no existimos y que nos acompañan mas allá del sepulcro, simbolizan nuestra felicidad, nacen á nuestro paso en el cielo y nos encantan con su eterno aroma, porque nacen del alma y participan de su naturaleza cual bellas y magnánimas ofrendas, como que son otras tantas culpas borradas con el arrepentimiento.

Todos los peregrinos buscan en Nazareth los menores vestigios de la santa y pobre familia que moró en ella y del Divino Niño, cuya juventud se pasó en la oscuridad de aquel santo lugar; pero una de sus mejores glorias es la visita que hizo en ella san Luis.

Corrian los años de 1251, dicen los historiadores, cuando este santo varon llegó á Canaá, de Galilea, llevando sobre sus carnes un áspero cilicio: dirijióse desde allí al monte Thabor, y el mismo dia, que era la víspera de la Anunciacion, llegó á Nazareth; no bien divisó esta pequeña poblacion, cuando se apeó y dobló la rodilla para adorar á lo lejos el santo lugar donde se comenzó el misterio de nuestra redencion.

Adelantóse hasta aquel punto á pié, á pesar de sentirse sumamente cansado y de haber ayunado aquel dia con pan y agua. Al dia siguiente hizo celebrar el oficio divino, es decir, los maitines, la misa y las vísperas. Tomó el Viático, de manos del legado, y puede decirse que jamás habia sido Dios honrado con mas devocion en sus lugares predilectos. Dispénsenme esta digresion y volvamos á Nazareth: aun existe allí, y á corta distancia del Poniente de la santa gruta, un antiguo edificio de piedra silleria: es la Sinagoga donde entró Jesucristo cierto sábado para ilustrar á sus compatriotas é instruirles, explicándoles particularmente las profecías de Isaías que hacian referencia á su persona.

En vez de convencerse le echaron de la ciudad, y le llevaron á una alta roca para desde allí precipitarle; pero Jesus, cuya hora no era llegada todavía, pasó en medio de ellos, bajó milagrosamente á la montaña, y huyó de aquella ciudad ingrata para no volver mas á ella.

Los príncipes de los sacerdotes tuvieron sed de su sangre inocente, y sublevando al pueblo le obligaron á que pidiese el suplicio de la cruz. Pilatos dudaba, y entonces el pueblo con salvajes alaridos pedia á voz en grito su muerte, que fué decretada por el presidente y condenado á morir. Con su muerte triunfó la cruz y el mundo entero; bajo su sombra tutelar vió desarrollarse su prosperidad, proclamarse su libertad y conseguir su reposo.

A pesar de los adornos que la piedad ha prodigado al monte Calvario, nada hay mas triste que aquel lugar, testigo del deicidio, considerado sobre todo al ponerse el sol: el luto que habitualmente le rodea se aumenta con la vista del color amarillento y cadavérico de aquellas estériles montañas. Ningun pájaro hace allí su nido: no hay alma viviente que quiera pasar allí la noche: ningun árbol ofrece asilo al viento para murmurar entre sus ramas: ningun vejetal se percibe para poder dejar caer una hoja desecada que mueva ruido en medio del lúgubre silencio que rodea á la tumba: allí el filósofo cristiano sentado sobre una roca que todavía no ha sido destruida por los árabes ó los turcos, remontando su pensamiento hácia los siglos primitivos, se pone á leer la Biblia con fe viva y con un interés que jamás pudieron excitar las revoluciones experimentadas por los demás pueblos.

Entonces las lamentaciones de Jeremías recuerdan los males sufridos por Jerusalen cuando el poderoso rey de Babilonia, Nabucodonosor, en medio de una imponente comitiva de príncipes, se sentó sobre sus muros y ahuyentó al rey Sedecias. ¡Qué poesía la de las predicciones siniestras del profeta! ¡Qué grandes imágenes las de su estilo enigmático y figurado! ¡Y cuán grandes son los pensamientos que penetran en el alma con los recuerdos de diez ocho siglos! Uno puede visitar con frecuencia estos sitios; pero en ellos nunca habla Dios mejor al corazon que en medio de la soledad, cuando los peregrinos se arrodillan á cierta distancia entre sí, en la inmóvil actitud de las frias figuras que se ven en los mausoleos.

Llega la noche, y cada cual deja el sitio en que su alma ha vivido de recuerdos, y sus ojos derramando lágrimas para bajar á Jerusalen lleno de tan profundas meditaciones, que muchas veces ni echa de ver que los demás peregrinos le han dejado solo. Levántase uno, y á la luz de la luna que asoma tras de esas montañas desoladas, descubre solo de trecho en trecho mármoles humedecidos con el llanto que otros han derramado; entonces experimenta el corazon otra serie de sensaciones enteramente nuevas.

Despues de la muerte de Jesus y de su triunfante resurreccion del sepulcro, vino el dia admirable de su ascension á los cielos, legando al mundo la paz moral y la unidad de las creencias, en una palabra, dándola á conocer la religion católica.

Doce discípulos ilustrados por el Espíritu Santo salen á cumplir la mision de su Divino Maestro, promulgando nuevas leyes al mundo, refiriendo los milagros y padecimientos de Cristo, describiendo puro y espiritual el cielo reservado al hombre virtuoso, así como las llamas y tormentos en que habrán de consumirse eternamente los malvados.

XII.

Pero tiempo es ya de que, reanudando el hilo de esta historia, pasemos las vicisitudes de la santa casa de Nazareth despues de la muerte de Jesus, y segun la tradicion de autores piadosos, consignada en antiguos libros; en ellos veremos que el apóstol san Pedro la consagró erijiéndola en templo, en el cual se colocó tambien una imágen de la Santísima Virgen, construida por el evangelista san Lúcas: que en esta capilla celebraron los apóstoles los oficios divinos, desde cuya época data el culto de sus humildes paredes, elocuentes testigos de un sinnúmero de prodigios.

Por los años de 300, esta casa gozaba ya de gran celebridad entre los cristianos; así vemos á la piadosa madre del gran Constantino, la bendita santa Elena emprender con su comitiva una devota peregrinacion á Nazereth con el objeto de visitar la santa casa, legando de esta suerte á los siglos venideros el mas elocuente monumento de su devocion, verificando la reedificacion de aquel templo, y enriqueciéndole con cuantiosas dádivas.

Mas adelante, es decir, por los años de 700, se aumentó la fama de aquel santuario de la religion y de la poesía; díganlo si no y hablen por nosotros las frecuentes caravanas que hacian los fieles desde lejanas tierras, atraidos de devocion, para mezclarse entre pueblos que tenian distinto lenguaje, diferentes costumbres, otros ritos y diversas creencias, despreciando los riesgos de atravesar tribus feroces y salvajes, enemigas de los cristianos. Y esto sin contar que los alrededores de Nazareth siempre han estado llenos de fieras, y sobre todo de lobos y de chacales, de suerte que es raro no tropezar con alguno junto al mismo pueblo.

Aun hoy entran en él á bandadas durante la noche para devorar los animales muertos que dejan los turcos por las calles, segun su malísima costumbre, y entonces turban el reposo de los habitantes con gritos espantosos, á los cuales responden los ladridos de una infinidad de perros. Y si esto sucede hoy, ¿cuáles habian de ser las penalidades y privaciones de los santos peregrinos? Jacobo Vitriaco, patriarca de Jerusalen, dice que todos los años visitaba esta misteriosa capilla.

El rey de Francia Don Luis el Santo, de quien no há mucho hemos hablado, al declarar la guerra á la Siria en 1247, llegó con sus ejércitos hasta los muros de esta casa resonando en su pórtico el estruendo marcial de las armas que allí se aglomeraban para tomar descanso los soldados, mientras el santo monarca oraba delante de las aras de María.

Y ahora que hemos pronunciado la palabra Siria presentándose á nuestra imaginacion el precioso panorama de aquel antiquísimo país, tan pintoresco como la Grecia, tan montuoso como el Riff y tan arenoso como el desierto mismo de Saara, hemos evocado instintivamente sus bíblicos recuerdos, los pasajes de su historia profana, los hechos célebres de las Cruzadas, y toda la poesía de nuestra imaginacion, toda la brillantez de nuestras ideas, trasladándonos á los tiempos mas florecientes de aquel país, cuando se veia dominado por los turcos otomanos, toda se ha borrado súbitamente de nuestro espíritu ante los acontecimientos modernos, ante las sangrientas escenas que en nuestros dias han desolado las tierras y mansiones maronitas.

En medio de tantos horrores, en medio de tantas persecuciones, en medio de las revueltas razas del Líbano y empapados aun nuestros vestidos en la sangre inocente de nuestros hermanos, recibe nuestro corazon dulce consuelo, solázase nuestra imaginacion y torna á nuestro espíritu el perdido vigor, al ver, no tan solo la fe y conformidad con que las víctimas sufren el sacrificio de su vida, sino los arranques generosos que allí tienen lugar, y mas que todo la sublime abnegacion de un sacerdote español lanzado á los desiertos de la Siria al impulso de una desdicha inmensa.

Ningun país mas lleno de recuerdos, de tradiciones y de poesías; todos aquellos sitios parecen respirar en las

© Biblioteca Nacional de España

grandezas de Jehová y los espantos de la muerte, y preséntasenos como otros tantos fantasmas, que cual Ninive y Babilonia brillaron un dia, para despues sufrir como ellos todo el peso de la destruccion. Allí vemos á la ciudad santa de Babilonia, frio cadáver de su antigua grandeza, no lejos de la puerta, llamada de Belen, contemplamos una torre que amenaza desplomarse; es la torre de David, la del rey-poeta, autor de los salmos, la del monarca que en el seno mismo de su gloria y de su poder dictó el *Miserere*.

Mas adelante se vé una calle tortuosa, estrecha, mal empedrada, y allí hay un roto chapitel que nos recuerda el sitio en que la Verónica derramó abundantes lágrimas sobre la cabeza de un Dios que arrastraba la cruz. Aquí la Via dolorosa: mas acá la casa de Lázaro, la de Pilatos y el antiguo templo convertido en magnífica mezquita. Aquí el monte Olivete: allá el torrente de Cedron, el valle de Josafat, la roca en que se anunció la ruina de Jerusalen y donde un dia se reunieron los ejércitos de Tito.

¿Quién no recuerda con entusiasmo los sitios entre los cuales Alejandro el Grande detuvo su glorioso carro triunfal? ¿Quién no admira la tierra en que combatieron Godofredo de Bullon, Felipe Augusto de Francia, Ricardo Corazon de Leon y San Luis? Un dia fué en que el Occidente pareció arrancarse de raiz para precipitarse sobre el Oriente; hubiérase creido, como dice muy bien un historiador, que no habia en la tierra mas ciudades que Jerusalen ni pueblo mas digno de ser habitado que el que encerraba la tumba de Jesucristo.

Cuando la poesía moderna ha desplegado todas sus galas para luchar con la poesía antigua, ¿cuáles son los sitios, cuáles las acciones que han podido entusiasmar al poeta épico moderno hasta el punto de luchar frente á frente con los poetas épicos antiguos? ¡Ah! Solo la conquista de la Ciudad Santa nos ha dado el poema del Tasso; esperemos pues que la humeante sangre de las víctimas de Siria nos dé á conocer otro poema no menos interesante que aquel, y tenga la gloria de ser descrito por una pluma tan diestra como la del cisne de Bergamo. Dediquemos una lágrima á las tumbas de tanta víctima, y acatando los decretos del Altísimo, esperemos se les haya concedido un lugar en el cielo así como entre los hombres la historia de nuestra sublime religion les tiene reservada una de sus mejores páginas.

Pero volvamos á Nazareth y presenciemos el milagro de la traslacion de la casa santa de Loreto, santuario el mas célebre y digno de veneracion de cuantos hay dedicados á la Señora en todo el orbe católico.

XIII.

Corrian los años de 1291: la villa de Nazareth se vestia de luto; cubrianse las estrellas de amarillas sombras, negando su luz á aquel suelo infortunado, la lobreguez cundia y se aumentaba por los espesos bosques, el eco ronco de las siniestras aves retumbaba por las selvas con dolorida y angustiosa voz; todo, en fin, parecia presagiar una fatal desgracia. Y así era, en efecto; los infieles habian conquistado ya aquellas provincias, y todo presentaba un color sombrío y triste: la casa natal de María se hallaba expuesta á la profanacion y la ruina: el viento de la conquista iba á dar por fruto el huracan de la desolacion.

Empero el destino providencial se realiza de una manera solemne, y acontece la escena mas poética que jamás pueda presentarse á la fantasía de los pintores y de los vates.

Seria como cosa de media noche del mes de mayo del citado año, cuando unos ángeles descendieron de las alturas, y tomando en sus brazos el edificio santo de Nazareth, se elevan con él sobre las cumbres de las montañas, abandonando aquel suelo abrasado ya con la huella de los infieles, y en medio de suaves melodías, músicas y cantos celestiales entonados por serafines que despliegan sus doradas alas en el firmamento, constituian un mágico grupo que flotando en el aire parecia una refulgente estrella; en tal disposicion, desapareció de Nazareth aquel santo edificio para ser trasportado á la Dalmacia citerior, entre Terzato y Flumeno, es decir, á mas de 600 leguas del sitio en que estaba.

El armonioso sonido del laud, que pulsaba un querubin acompañando á su voz dulcísima, producia ecos que resonaban en los bosques vecinos, y parecia saludar á la bienhadada tierra que iba á servir como de concha á la brillante perla arrancada de Nazareth. La luz saluda tambien á aquel suelo feliz y parece sonreirse de gozo al inundar con su benéfico influjo aquellas aventajadas playas, porque la Virgen María vá á establecer allí su hogar.

En efecto, aquel país vé por la vez primera un templo y un altar: el sol de la mañana alumbra á los aromáticos jardines, despues que el alba habia sido testigo de la milagrosa traslacion.

Los naturales de aquel país se admiraron y alarmaron y un sacerdote anciano, el devoto Alejandro de Giorgio, párroco de la feligresía de Terzato, sumamente afecto á la Virgen, les hace presente que entre los dolores de su crónica enfermedad habia visto á María Santísima sentada sobre un trono de luceros y le habia revelado que por los excesos y por los insultos de la guerra de Palestina, los ángeles habian trasladado su casa solariega á aquel punto. Las palabras no alcanzaron entero crédito, y con el objeto de convencer á aquellas gentes incrédulas, el devoto Alejandro tomó el partido de abrir su corazon á Dios é implorar su proteccion. Despues de algun tiempo pidió que le llevasen al sitio donde estaba el templo; trasladado que fué en unas andas como enfermo, les dió la mayor prueba del favor del cielo, puesto que apenas hubo llegado al vestíbulo de aquel santuario, el venerable presbítero quedó repentinamente sano, y entonces el pueblo incrédulo derramando lágrimas, invocó á María Santísima, desde cuyo momento quedaron encadenados de amor sus corazones. El opulento conde de Terzato, viendo los aplausos del pueblo, hizo averiguaciones sobre el suceso, y supo que la noche en que habia desaparecido la casa santa de la villa de Nazareth, fué cabalmente la víspera de la en que él invadió la Esclavonia.

Allí permaneció siendo pontífice Nicolás IV hasta el año 1294, en que el 10 de diciembre apareció este glorioso santuario en Italia, en la parte que antiguamente se denominó Pisceno, provincia cercana á la Dalmacia, divididas ambas por una legua del mar Adriático, por cuya travesía hay la distancia de treinta y tres millas castellanas.

XIV.

Esta segunda traslacion la efectuaron tambien los ángeles segun dice la tradicion, colocándola en una espesa selva, y ocurriendo cuando la luna se elevaba ya á la mitad del cielo y cuando las flores, adormecidas durante el dia, esparcian inefable fragancia al dulce aire de la noche, creciendo mas á montones en los vergeles y cayendo otras de manos de los ángeles en canastillos, que cual digna ofrenda arrojaban á los piés de la imaginacion de María.

«A dónde llevais, ángeles del Señor, la casa santa de María? ¿Porqué haceis que estos alrededores queden sumerjidos en la mayor tristeza con la ausencia de ese templo? ¿Cuáles han sido nuestras faltas, para que así pese sobre nosotros la venganza divina? Tales fueron las preguntas que los moradores de aquel país debieron hallar en sus labios cuando vieron desaparecer por los aires la santa morada de la Virgen.—Nuestra intencion, contestaron á su vez las divinas inteligencias, no es la de colocar este ambulante templo mas allá del Recanato; y á todo esto un serafin señalaba con su dedo el sitio en que debia ser colocado el edificio sagrado. Pertenecia aquella posesion á una noble matrona llamada Laureta, de donde tomó el nombre la imágen que hasta hoy conserva, denominándose de *Loreto*.

Los habitantes de las populosas ciudades de Italia dirijian sus peregrinaciones á la casa de Loreto, viéndose allí un dia y otro dia clérigos y seglares, ricos y pobres, hombres y mujeres, todos en devotas romerías. Empero á la sazon estaban consternados los empinados montes lauretanos y sus cercanías con las cuadrillas de facinerosos que allí se ocultaban; célebres ladrones que con especialidad se dedicaban á sorprender á los piadosos viajeros robándoles las ofrendas que llevaban al santuario; de suerte que los continuos crímenes y asesinatos de aquellos malvados interrumpieron el curso de las peregrinaciones.

Los ángeles del Señor, que no lo ignoraban, descienden otra vez del cielo, y sobre sus benditas palmas levantan el edificio santo, trasladándole á un collado apartado de la selva; este collado estaba situado como á una milla del paraje en que antes estuvo la casa de María y tres de la ciudad de Recanato, cerca del camino real, y dominando los campos que por todas partes le rodean; presenta el mas precioso panorama en un suelo cuajado de árboles de graciosa variedad, de diversas y bellísimas flores.

Allí colocaron el templo y la imágen de la Vírgen, y acudiendo gran concurso de gentes, cubrieron estas sus paredes de presentallas y dádivas preciosas de tanto valor y en tan gran número, que llegaron á representar una verdadera riqueza, y dieron motivo á que este terreno que estaba indiviso y era de la pertenencia de dos hermanos, se disputasen ámbos el sitio que ocupaba el templo con el siniestro fin de apoderarse de las alhajas y cuantiosas limosnas que en aquel rico santuario se depositaban. La ambicion de estos hermanos llegó hasta el punto de que cada cual reuniese sus parciales, y con las armas en la mano tratasen de sostener la sangrienta lucha que habia de decidir una cuestion tan reprobada y de suyo tan contraria á las piadosas intenciones de los fieles. De aquí el adagio de decir cuando hay un marcado empeño en conseguir alguna cosa: *ni que fueras á ganar la casa Santa*, aludiendo á la contienda de aquellos dos hermanos disputadores.

E. C.

A DIOS.

PLEGARIA.

¡Espíritu divino y prepotente
Que en la bóveda azul, nítida y bella
Te levantas sereno y explendente
Sobre los mundos que tu planta huella!
¡Llama creadora, á cuya luz ardiente
Débil reflejo el sol, tus obras sella!
¡A tí creyente en mi dolor acudo:
Magnánimo Jehová! yo te saludo!

Tú eres grande, Señor: tú das al cielo
Luz y color y mágica hermosura,
Y ya le ciñas funerar o velo,
Ya galas de finísima tersura,
Es de tu ciencia divinal modelo,
Es siempre bello porque fué tu hechura,
Y en él con letras de diamante, el hombre
Mira impresa la marca de tu nombre.

Tú que al tronar de tu potente ira
Agitas el tranquilo firmamento,
Del sol apagas la brillante pira
Y al rayo empuja con tu fuerte aliento:
Y conviertes el aura que suspira
En huracan terrífico y violento,
Y al trueno impeles que rodando zumba
Y en los espacios cóncavos retumba:

Tú que del mar la furia bramadora
Enfrenas á merced de tu albedrío,
Sujetando á tu planta vencedora
Su imponente y terrible poderío:
Tú que prestas con mano bienhechora
Verdor al campo y plácido rocío,
Hojas al árbol, fruto y lozanía,
Música al bosque y soledad humbría:

Tú que dás á la tórtola el arrullo,
Al ruiseñor el cántico sonoro,
Y al arroyuelo el vivídor murmullo
Al deslizarse entre sus guijas de oro:
Tú que das á la flor en su capullo
De perfume riquísimo tesoro,
Y al hombre la preclara inteligencia
Para admirar tu santa omnipotencia.

Tú eres grande, Señor; eres la lumbre
Que ante mis ojos refulgente brilla
Y el genio de la paz y mansedumbre
A cuyo imperio el corazon se humilla;
Tú dominas la humana muchedumbre
Que tímida doblega su rodilla,
Y contristada tu perdon implora
Porque eres justo y tu justicia adora.

Cese la duda ya: si el alma osada
Olvidando su orígen soberano
Se atreve á analizar extraviada
Tu incomprensible y misterioso arcano;
Si al fin incierta y de vagar cansada
Pregunta al cielo y le pregunta en vano,
A tu bella creacion, Señor, descienda
Y en tus hechos te admire y te comprenda.

¿Qué es el hombre sin tí? ramo perdido
Que el huracan arrastra y precipita;
Triste ciego en el páramo caido;
Arroyo sin ladera; flor marchita;
Lucero de su trono desprendido;
Débil batel á quien la mar agita,
Y huérfano infeliz abandonado,
Del tierno beso maternal privado.

Por eso tú cual padre bondadoso
Que llore sus pecados le ocasionas;
Le miras compasivo, y generoso
Jamás en el desierto le abandonas;
Y si luego te ruega fervoroso
Y piedad te demanda, le perdonas,
Y al desgarrar de su existencia el velo
Le das tus brazos al abrirle el cielo.

Tú que eres pues el rutilante faro
Que al hombre en sus errores ilumina,
No me niegues ¡oh Dios! tu dulce amparo
Y á tu cielo mis pasos encamina;
Préstame de tu ciencia el don preclaro,
Arda en mi corazon tu luz divina,
Y despojado así de la impureza
Yo ensalzaré tu gloria y tu grandeza.

Cércame, sí, de encanto y armonía
Y halágame, Señor, con tus amores,
Para cantar de la inmortal María
Los amargos, tristísimos dolores:
Alumbra mi agitada fantasía,
Mi lira viste de aromosas flores,
Y en tu infinito, inmenso poderío
Dame tu santa inspiracion ¡Dios mio!

F. Corona y R. Franquelo.

ANUNCIOS DE OBRAS PIADOSAS.

Será la primera la *Historia de la sagrada Pasion, sacada de los cuatro Evangelios*, obra escrita por el Padre Luis de la Palma, ahora nuevamente sacada á luz, y que ha sido impresa en el establecimiento de la Revista Médica de esta ciudad. La recomendamos muy particularmente, así por su mérito y por la importancia de su lectura en todos tiempos, como por el especial interés y utilidad que á las almas cristianas puede prestar en los dias que hoy comienzan.

Dos palabras diremos tambien de un cuadernito que con el título de *Una flor piadosa. Ejercicios devotos á la Resurreccion de N. S. Jesucristo, y á N. S.ª de las Mercedes*, acaba de publicar nuestro especial amigo el Ilmo. Sr. D. Adolfo de Castro. Con decir que este precioso libro es digno de su distinguida pluma está de mas por ociosa toda recomendacion. La Resurreccion es el complemento de la Redencion humana, y á ella consagra la Iglesia un recuerdo de gloria en los dias mismos de la semana presente. Su oportunidad es, por tanto, indisputable, como lo es su mérito.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

Cadiz. 1864.—Imp. y litografia de la Revista Médica, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

LA MODA

© Biblioteca Nacional de España